

Querido señor cura:

Como dijo el otro día que iba a hablarnos sobre el pecado y es un asunto sobre el que he pensado mucho en estos últimos años, se lo pongo por escrito y así me dice si me equivoco o qué.

El punto de partida depende de este hecho: que la condición originaria de Adán y Eva fuese la de participar en el puro acto de amor que es la santísima Trinidad. Si eso no fue así, todo lo que diga a continuación carece completamente de sentido. Si, por el contrario, es así, la clave del razonamiento siguiente podría estar en lo que significa decir que se alimentaran del fruto del árbol de la vida y no del árbol del discernimiento entre el bien y el mal. Lo del discernimiento entre el bien y el mal no ofrece ninguna duda, a no ser que se piense en algo extraño, distinto de lo que significan esas palabras por sí solas. La clave está en lo que signifique comer el fruto del árbol de la vida.

El problema no está en la vida, claro, sino en que sepamos qué es la vida en sí misma, o sea como *realidad* que es de tal modo que nos hace vivir. En lo que eso signifique, tendría que estar la clave de un hecho tan insólito como que discernir entre el bien y el mal conlleve la muerte, que es lo contrario que ofrece el árbol de la vida. La vida por excelencia es Dios, según la Biblia. Se podría pensar, por tanto, que se trata un árbol que da a Dios, pero de tal manera que, al dar a Dios, da la inmortalidad. Así, de entrada, es como si se viniera a decir que se trata de un alimento real, tan real que descarta la muerte (a no ser que se hable de lo que, en la exégesis judía de la época de la vida mortal de Jesucristo, se llamaba la segunda muerte -la eterna-, en cuyo caso el asunto está claro y supone nada menos que decir que la muerte que da el árbol del discernimiento entre el bien y el mal es también la segunda muerte. O sea: discernir entre el bien y el mal sería pecar y nos llevaría a la condena eterna. No parece verosímil.

Hay un lugar -creo recordar que en el libro de los *Proverbios*- donde se dice algo que podría resolver el asunto: se dice escuetamente -ya sabe que el hebreo es una lengua muy pobre- que la sabiduría la da el árbol de la vida. Y eso es lo que se mantiene no sé si en toda o en una parte de la tradición exegética judía. Ahora bien, comer el fruto del árbol de la vida da, en efecto, la sabiduría de mayor alcance: la que consiste en saber no sólo que la vida por antonomasia es Dios y que lo es como puro acto de amor, que, como tal -como todo acto de amor- es trinitario, sino, además, que -de ser cierta la hipótesis que manejo- la condición originaria de Eva y Adán era la de participar de ese puro acto de amor que es Dios. Nada puede hacernos tan sabios como saber que Dios es así y que nuestra condición originaria fue ésa.

El árbol de la vida sería, por tanto, el que da -como alimento real- ese saber (y todo lo que se sigue de él, que, al cabo, son todos los saberes). Y aún podría ser importante tener en cuenta que, en el la traducción aramea que se leía en Palestina en los días de la vida mortal de Nuestro Señor -porque ya no sabían hebreo y tenían que traducirles lo que les leían primero en hebreo-, se había añadido una glosa según la cual Dios definió la Ley dos mil años antes que de que creará todo lo demás, incluidos Adán y Eva. Si tomásemos eso en consideración -como se sigue haciendo entre los judíos-, podríamos deducir que Dios se adelantó al pecado original y arbitró ya el medio fundamental para que las mujeres y los hombres siguiéramos sin necesidad de discernir entre el bien y el mal como quien parte de cero, en el caso de que nuestros primeros o nuestros segundos

o terceros padres hicieran lo que hicieron Eva y Adán. Vivir como partícipes del puro acto de amor que es Dios sería vivir conforme a la Ley (de Dios), que, por excelencia, tiene que ser ésa manera de vivir (como partícipes del puro acto de amor que es Dios) y no otra.

Podría decirse de otro modo: que Eva y Adán estaban ya sujetos a la ley que luego fue mosaica. Pero, si estaban sujetos a ella, lo estaban de una manera tal que no requería que discernieran entre el bien y el mal: simplemente, lo tenían delante -el bien- y, como participaban del puro acto de amor que es Dios, simplemente vivían y, en ellos, el vivir la vida que es Dios consistía en cumplir lo que luego se impuso como ley. Ese matiz puede tener importancia porque eliminaría la exégesis de algunos según la cual la condición de Adán y Eva antes del pecado hubiera sido la inocencia, pero no sólo en el sentido de que no hubieran pecado, sino en el de que carecían de capacidad para discernir. Eran pura inocencia (tonta).

Según la otra hipótesis, claro es que tendrían capacidad de discernir. Lo que ocurre es que, sin necesidad de discernir -o sea preguntarse- si algo era bueno o malo, les bastaba mantenerse en el acto de amor que es Dios para saber que eso era el bien.

Ahora bien, ¿cómo podían vivir de esa manera? ¿Cómo podían, en definitiva, participar de la vida que es Dios como puro acto de amor trinitario? ¿Cómo era eso viable? ¿Hay algo que nos permita entender cómo podía ser eso operativo, y no una metáfora? La mejor respuesta que se me ocurre -como hipótesis- está en la distinción que dejaron por escrito san Pablo y san Juan al hablar de Jesucristo como hijo de Dios y al hablar de nosotros como hijos de Dios. En los escritos de ambos, siempre que se habla de Jesucristo como hijo se emplea la palabra griega *huios*. En cambio, cuando se habla de nosotros como hijos, siempre en san Juan y casi siempre en san Pablo, aparece la palabra *tékna*. Y, en el diccionario por excelencia del griego neotestamentario -el de Kittel-, la diferencia es terminante: basta decir que, en la versión abreviada inglesa de ese diccionario, *huios* se traduce por *son* ("hijo"), en tanto que *tékna* se traduce por *children* ("niños", incluidos los propios, los "hijos que son niños").

Un exégeta italiano con quien hablé sobre esa diferencia le quitó importancia, por las poquísimas excepciones que hace san Pablo al llamarnos *huios* como a Jesucristo (excepciones que podrían explicarse quizás) y, segundo, porque *tékna* podría traducirse también por el italiano *geniti*.

Por otro lado, así como *huios* es siempre "hijo" (prescindiendo de su edad e incluso en el supuesto de que tenga cincuenta años y sea más importante que su padre), *tékna* se emplea en cambio con la misma imprecisión que el inglés *children*: por lo general, se usa para hablar de los niños que son hijos del mismo que habla; pero, a veces, lo emplean otras personas para hablar de niños que son hijos de otros. Ahora bien, esa imprecisión enriquece en realidad la distinción que aparece en los escritos de san Pablo y san Juan. Para empezar, que *tékna* quiere decir "niños" (y ahora podemos añadir que "niños engendrados"), lo deja claro el hecho de que es el propio san Juan -si mal no recuerdo- quien, alguna vez, dice *téknia*, que es diminutivo de *tékna*. Es algo así como llamarnos *niños de teta*. Pero es que, en las frases en las que Jesucristo preguntó al Padre qué iba a ser de aquellos que le había confiado, la palabra que lo expresa en el

Nuevo Testamento es *paidía*, diminutivo de *paidós*: otra vez, "niñicos", como si fuera poco que nos llamara *paidós* ("niño") a cada uno de nosotros.

Por otro lado, no me parece que pueda echarse en saco roto el hecho de que san Juan y san Pablo nos llamen *tékna* ("niños engendrados", incluso "niñicos engendrados") y que, en labios de Nuestro Señor, se ponga en cambio la expresión *paidía*. Lo digo porque -si no me equivoco- una tiene la acepción de "hijicos" y, en cambio, *paidía*, no. Y se puede pensar que es lógico que nuestro hermano mayor -Jesucristo- no llame "hijicos", sino "niñicos" (que se le han confiado), y, en cambio, al expresar lo que somos, incluidos ellos mismos, san Juan y san Pablo se vean y nos vean como "hijicos" de Dios.

Ahora habría que preguntarse si es que, en tal caso, puede decirse de nosotros -de todo hombre y de toda mujer- que -dado que somos partícipes del puro acto de amor que es de Dios-, eso quiere decir que somos *hijicos* de Dios de la misma forma en que Dios hijo es *hijo* de Dios. Al decir "de la misma forma", no entro en el concepto de "naturaleza", y eso por la sencilla razón de que no me hace falta. Somos *hijicos* de Dios de la misma forma en que él es hijo, pero solamente *hijicos*, no hijos; lo importante -a los efectos de quien quiera salvar los conceptos de la filosofía helenística (que me parece completamente innecesario para entender todo esto)- no es cómo somos, sino lo que somos de esa manera; eso además de que podemos preguntarnos quién nos ha injertado en el puro acto de amor que es Dios para que seamos nada menos (y sólo) *hijicos* de Dios como Dios hijo es hijo de Dios. Y ya sabemos la respuesta: ha sido el propio Dios hijo quien nos ha hecho renacer y, si nos ha hecho renacer, quiere decir que hemos vuelto a ser engendrados (que es lo que entendía por *tékna* aquel exégeta italiano).

Cómo hemos sido engendrados, está claro: en la cruz y al darnos su sangre. Y, si nos preguntamos cómo puede ser eso algo más que una metáfora, habrá que remitir a esa suerte de doble tiempo en el que vivimos según la antropología de san Pablo: como muertos de carne viva. Y eso nos llevaría a la eclesiología y tengo para mí que a la mariología.

¿Qué es el pecado según toda esa hipótesis? Si se acepta que la condición originaria de Eva y Adán era la de participantes en el puro acto de amor que es Dios y que ése es nuestro propio destino (pero destino que lo es porque se trata de nuestra condición *originaria* y, por tanto, *constitutiva*), gracias a la redención y a nuestro nuevo nacimiento, resulta que esta condición nuestra ilumina la que pudo ser originaria de Eva y Adán. Si somos "hermanicos" de Jesucristo y es él quien nos sostiene -en su relación intratrinitaria con las otras dos Personas-, nuestra relación con quien ha venido a ser, así, nuestro padre (Dios padre) es la misma que la de Jesucristo (sólo que como *hijicos* y no como hijos en plenitud de su desarrollo). Y la actitud -constitutiva- de Dios hijo respecto a Dios padre no es sino la obediencia.

En el caso de Dios hijo, hablar de obediencia puede inducir a error: no se trata de una subordinación, ni tampoco de la falta de libertad, sino de la condición de un hijo que ha sido engendrado por una total y exhaustiva entrega del padre, de manera que es completamente igual al propio padre (sólo que en la condición de engendrado, o sea de amado y fruto de ese amor exhaustivo; por tanto, en otra posición del despliegue de ese

puro acto de amor que es Dios). Y eso aboca a la identificación también de los deseos y de las decisiones del hijo con los deseos y las decisiones del padre. La preocupación de tantos teólogos por dejar a salvo la libertad -aquí, la de Dios hijo- podría inducirnos a olvidar que, en ambos -padre e hijo-, todo (tanto su respectiva libertad como lo exhaustivo de su mutua semejanza) implica una misma forma de ser ilimitada (en distinto punto del despliegue del acto de amor, de manera que incluye también una total y completa -ilimitada asimismo- alteridad, que por eso llamamos, con razón, personal).

Pero eso supone también que la relación entre ambos carece de límites, y eso hasta el punto de que, libérrimamente, las tres personas se hacen mutuamente posibles, hasta el punto de que sin esa mutua relación no podrían concebirse siquiera. Y eso también es importante para nosotros -los hijicos de Dios padre, que no somos más que niños confiados a Dios hijo-: debería llevarnos a perder el miedo a que se diga que no somos simplemente "sociales por naturaleza" (aparte de que Aristóteles dijo "políticos", no dijo "sociales"), sino que somos interrelacionales, y eso hasta el punto de que nos constituimos como personas en la relación interpersonal (por tanto, mutuamente). (Por cierto que no me parece que importe tanto que seamos conscientes de ello -los tontos no lo son- como que otras personas -primero de todo, las divinas- *nos reconozcan* como personas. Es -creo- el reconocimiento de los otros el que nos constituye como personas (que, si son conscientes, se sienten *reconocidas* como tales e incluso *necesitan* saberse reconocidas como tales.)

También en nuestro caso, por tanto, la mutua relación interpersonal es constitutiva.

Ahora haría al caso observar que, cuando se habla de Jesucristo como hijo de Dios en el Nuevo Testamento, la palabra griega *huios* aparece siempre en singular, en tanto que, cuando se habla de nosotros, *tékna* siempre aparece en plural. No es quizá baladí.

A lo que iba en suma es a que, si pensamos que la condición originaria de Adán y Eva debió ser semejante a la nuestra, ellos -igual que nosotros- eran y son y somos -constitutivamente- *obedientes*. Unos hijicos de Dios que lo son -también constitutivamente- como Dios hijo es hijo de Dios, no pueden tener otra actitud -constitutiva- que la de Dios hijo su hermano mayor, que es la de obedecer. Y la obediencia, si es constitutiva, es anterior al discernimiento sobre qué es lo bueno o lo malo. Si se prefiere, implica la convicción de que esa actitud es la que lleva inevitablemente al bien.

Hay que decir, claro es, que esa forma originaria de ser (obedientes) es (también originaria y constitutivamente) libre. No hay que olvidar que somos hijicos de Dios como el Dios hijo es hijo del padre y *le obedece*. En el caso de Dios hijo, decíamos que hablar de obediencia no implicaba falta de libertad, sino de la condición de un hijo que ha sido engendrado por una total y exhaustiva entrega del padre, de manera que es completamente igual al propio padre y hace -constitutivamente- que sean los mismos sus deseos y sus decisiones. Pero añadíamos que supone también que la relación entre ambos carece de límites, y eso hasta el punto de que, libérrimamente, las tres personas se hacen mutuamente posibles, hasta el punto de que sin esa mutua relación no podrían concebirse siquiera. También decía que nosotros -los hijicos de Dios padre, que no somos más que niños confiados a Dios hijo- somos asimismo interrelacionales, y eso hasta el punto de que nos constituimos como personas en la relación interpersonal (por

tanto, mutuamente). Ahora hay que añadir lo obvio: que, en esa interrelación que constituye todo a todos, está implicado el propio Dios, nada menos que como quien la mantiene y hace posible.

Pero la hace posible por medio de su propia donación –una donación trascendental, que, por lo pronto, consiste en dar el ser (amor) a otros de manera que *sean* (puro acto de amor) *sin ser Dios*-; se trata, por lo tanto, de una donación en que consiste, para empezar, en hacer posible la pura *alteridad* respecto a sí mismo (Dios). Es una donación que, de esa forma, llega hasta el punto de que nuestra subsistencia como creaturas –esto es: que nos mantenga en la existencia- no depende de que obedezcamos (por más que sea ésa –siempre- nuestra forma originaria de ser). Podemos desobedecer. En realidad, somos libres de una manera radical, y eso porque lo somos nada menos que ante Dios padre y de la misma forma en que lo es Dios hijo.

Eso sí: si, libremente, desobedecemos, nos “salimos” de nuestra situación originaria, o sea del puro acto de amor que es Dios (por más que no perdamos –es imposible que perdamos, si no nos lo hace perder Dios mismo- nuestra *condición* originaria). Una cosa es la *condición* y otra la *situación*.

Al perder la *situación* originaria, recuperamos el carácter mortal de la carne de que están hechas todas las creaturas vivas. Nos reducimos a carne, por decirlo así (carne, desde luego, no sólo individual, sino personal, que, como tal, sigue permanentemente abocada a recuperar su situación originaria y hacerse inmortal).

Sólo que ya ha de hacerse inmortal *de otra forma*, distinta de aquella en que lo eran Eva y Adán al ser creados.

De ser de ese modo, la situación originaria de Adán y Eva implicaba, por tanto, la sabiduría de todo eso: desde cómo es Dios trinitario y por qué hasta cuál era su posición -la de Eva y Adán- en ese puro acto de amor que es Dios y, por tanto, cuál era su única actitud correcta (el bien por excelencia).

En tal caso, ya se ve que, si tuviera que reducir a lo nuclear el primer pecado, tendría que llegar a la conclusión de que consistió en rechazar la condición de ser constitutivamente obedientes.

Y que nuestro pecado, cuando se da, sigue consistiendo en eso: no sólo en desobedecer (a Dios), sino en no ser coherentes con nuestra condición originaria de hijicos que, porque lo son, obedecen; pero que obedecen porque lo son y que lo son mientras obedezcan, y eso porque la propia obediencia –entendida de esa manera- es lo que los constituye en hijicos de Dios.

Rechazar la condición de obedientes, por ser originaria y constitutiva, equivalía a rechazar la condición de hijicos de Dios que forman parte -participan- del puro acto de amor que es Él. Y no sólo eso: rechazar la condición constitutiva de obedientes y, en consecuencia, perder la condición de hijicos implicó en Eva y Adán y, por tanto, en su descendencia perder la *sabiduría*, o sea *saberse así*.

Con todo, la metáfora del Génesis -si es, en efecto, una metáfora- deja algo importante sin resolver: si, en el momento en que la serpiente propuso a Eva que comiera el fruto del árbol que la llevaría a discernir por su cuenta entre el bien y el mal y, hasta ese mismo momento, Eva se había mantenido en la opción de alimentarse de

saber que era partícipe del puro acto de amor que es Dios y, por tanto, estaba situada - cierto que operativa, activamente- en la actitud de quien, con sólo mirar a su hermano mayor e imitarle, hace el bien, ¿cómo pudo optar por el mal?

La respuesta no es demasiado difícil, si se admite que no es que desconociera la posibilidad de obrar mal, sino que -antes de plantearse operativamente- obedecía.

Aun así, el relato del Génesis tiene un sabor de trivialidad que lo hace desafortunado, por lo menos a primera vista. Una decisión trivial que conllevó, además, todo el inmenso mal que se ha dado en la historia y que ha repercutido en la vida de todos y cada uno de los seres humanos. Dicho de otra manera: parece completamente desproporcionado e injusto.

Lo singular es que lo primero que llama la atención, ante eso, es la desproporción - también- del remedio, que consistió en dejar que mataran a Dios. En efecto, que mataran a Dios hecho hombre no es menos insólito -todo lo contrario- que lo desproporcionado del castigo a la trivialidad de Eva (y que las consecuencias se ciernan sobre todos sus descendientes, millones y millones de personas, a veces de manera espantosa); no es menos insólito, digo, por más que no lo sintamos de la misma manera (y se entiende, por eso, que el sentimiento físico de la pasión del Señor sea una de las experiencias más características de la mística).

A eso se añade que el mismo Jesucristo repitió que ese sufrimiento suyo fue "necesario" (dicho explícitamente de ese modo). Necesario, ¿para qué?, ¿por qué? De acuerdo con la hipótesis inicial, tendría que ser necesario para que podamos volver a nuestra situación original, la de formar parte del puro acto de amor que es Dios. Si nos preguntamos por el porqué en vez de preguntarnos por el paraqué, llegaríamos a lo mismo: habría sido necesario para que podamos recuperar la condición originaria de hijicos de Dios, entendida como hemos visto: como ser hijicos suyos como lo es Dios hijo.

Podía arrojar un poco de luz sobre el porqué el hecho de que pueda decirse que el primer padecimiento del que tenemos constancia en la vida mortal de Jesucristo consistió en dejarse tentar por Satán. Esto es: una vez hecho hombre, comenzó por dejarse hacer lo que hizo Satán a Eva. Es decir: aquello que "tenía que suceder" empezó por ponerse en el mismo punto en que Eva abandonó la opción de la obediencia. Y, si se lee con esa clave las respuestas que dio Jesucristo a Satán, se ve con claridad que son precisamente tres afirmaciones de la condición de obediente como lo constitutivo de todo ser humano, incluido el mismísimo Dios hecho hombre.

Y quizá no sea tampoco irrelevante el hecho de que, al rechazar las tres tentaciones, vinieran unos ángeles y sirvieran al señor, según se dice en los evangelios. Llama la atención porque induce a preguntarse si el punto que antes habría que aclarar es lo que supuso el pecado en virtud del cual el propio Satán rechazó su condición originaria. Dicho de otra manera: quizá la clave de la desproporción entre la trivialidad de Eva y sus consecuencias y entre esa misma trivialidad y sus consecuencias, por un lado, y el remedio por el otro esté en la condición originaria del ángel caído.

Es, claro, una mera hipótesis. Ahora bien, sin dejar el mero terreno de la hipótesis, la aparente pero (quizá) real trivialidad de lo que hizo Eva y la desproporción de los

resultados podrían tener que ver con la hipotética vinculación -tal vez, mutua interrelación- que pudiera haber entre la condición originaria de los ángeles y la condición originaria de los seres humanos.

Si no aceptamos esa posibilidad -que la condición originaria de Eva y Adán y la condición de los ángeles estuvieran interrelacionadas-, quedaría en el aire una pregunta más y no sé si tan básica y radical como las demás: por qué permitió Dios que Satán interviniese como intervino en la vida de Eva y que continúe interviniendo como interviene en la nuestra. Siempre en el puro terreno de la hipótesis y de las preguntas sin responder, acaso tiene eso que ver con la forma de ser de la creación. De momento, sólo me atrevo a insinuar que, si nuestra condición originaria es la de hijicos que forman parte del puro acto de amor que es Dios, no sólo hay que decir que somos fruto del acto trinitario que es Dios y, por tanto, fruto de la santísima Trinidad, sino que cada uno de nosotros, el conjunto de todos nosotros, el de todo lo creado, nuestra propia capacidad de hacer y todo lo que resulta de nuestra capacidad de hacer cosas -todo ello- es constitutivamente trinitario. Sobre esa base -que, esa sí, me parece segura-, habría que preguntarse qué lugar corresponde en ello a los ángeles. Quizás entenderíamos así no sólo la posibilidad de que Satán intervenga en nuestras vidas, sino que nuestras decisiones nos parezcan -y sean- desproporcionadamente triviales cuando consideramos sus efectos.

Llama la atención -y acabo- que la segunda tentación de Satán a Jesucristo consistiera en recordarle lo que -acaso- tiene que ver o, simplemente, es la razón de ser de los ángeles: la de encargarse del hijo de Dios y llevarlo en sus manos para que jamás tropezara su pie con una piedra. Parece obvio -en la hipótesis que le he resumido- que esa misma sería su función con los hijicos de Dios. Lo que me pregunto es si esa función no es -una vez más- *constitutiva*, y tanto de los ángeles -como hacederos- como de las mujeres y los hombres (cuya participación real en el acto de ser puro amor que es Dios dependería -en el sentido, cuidado, de que estaría interrelacionada- con la forma de ser constitutiva de los ángeles).

Y eso nos abocaría a lo dicho: la forma de ser de la creación y su naturaleza -su estructura (para que se entienda)- trinitaria.

Eso implicaría, por cierto, la filosofía de la ciencia.

Un abrazo,

jag

Barranco de la Mina, Gran Canaria, 8 de noviembre de 2008